

El papel del librero en la transformación del mercado cultural

Álvaro Castillo Granada

EL LIBRERO COLOMBIANO CASTILLO GRANADA NOS HABLA DE LOS LIBROS NUEVOS Y USADOS, PERO, SOBRE TODO, DE LA CAPACIDAD DE SER ELLOS MISMOS AGENTES DE CAMBIOS Y DETONANTES DE LA LIBERTAD.

Volver a los libros que hemos leído con placer, aquellos cuyo recuerdo deja una marca, una sombra imborrable en nuestra memoria, es uno de los actos de libertad a que tiene derecho cualquier lector. No importan el título, el autor o el tema: releer es darnos la oportunidad de ver otra vez para entender mejor.

Tengo en mis manos un libro que leí cuando estaba en el colegio. Es un libro delgado, austero, de esos que caben en bolsillo, se leen de un tirón y nos abren los ojos. Es *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, de Federico Engels.

Hace casi veinte años empecé a trabajar con libros. El tiempo ha pasado y, creo, me he ido convirtiendo poco a poco, casi sin darme cuenta (de la misma manera en que se me cayó el pelo y me quedé pelado) en un librero. O al menos eso pretendo. ¿Por qué releo ahora este libro que, como muchas otras cosas buenas, ha sido relegado al desván, al estante, hacia el que ya nadie extiende la mano? Creo que es mejor que empiece por el principio: sólo así entenderé y podré contar lo que ha sido este proceso, esta transformación. Se llega a trabajar con libros, en la mayoría de los casos, porque nos gusta leer y es un buen empleo para ganarse unos pesos

(no muchos por lo general) mientras se termina la carrera en la universidad: ¿cómo no será agradable e ideal para un lector un trabajo donde puede leer, conseguir libros con descuento y conocer gente? Esta es una primera idea que, la mayoría de las veces, no se ajusta mucho a la realidad. Así empecé yo cuando tenía diecinueve años. ¿Si me encanta leer por qué no trabajar en una librería?

Soy colombiano y vivo en Bogotá. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que tuve el privilegio y la fortuna de vivir y estar en el momento culminante, espléndido, de las pequeñas librerías de mi país, aquel en el cual era posible vender y comprar muchísimo, especializarse e importar de otros países. A finales de los años ochenta y principios de los noventa había, circulaba, muchísimo dinero en mi país, o por lo menos así me parecía desde mi trinchera, la librería. Cada una era un mundo aparte, había tantas que era pasear por varias de ellas y encontrar en cada una hasta lo que no estábamos buscando. Sin hablar, por ahora, del mercado del libro usado. Relegado, marginado, en esos años a un segundo plano. Los libros de segunda mano no valían gran cosa. No importaba que fuera maravillas (lo que para los lectores furibundos era una bendición, por supuesto). Cuando empecé a trabajar me di cuenta que no bastaba con que me gustara leer para convertirme en un librero. Esta es una palabra que me ha acompañado desde siempre. Entiendo por librero a aquella persona (hombre o mujer) que hace del vender y comprar libros una vocación y un destino. Eran muchos los elementos que entraban en el juego: atender al público, hacer pedidos, controlar inventarios, manejar cuentas, sacar la basura, vigilar a los ladrones (los ocasionales y los profesionales que no faltan), contestar el teléfono... A esto se le añadía que, muchas veces, al dueño de la librería no le interesaba que el empleado, el vendedor, se transformara en un librero. Esto por dos motivos. El primero: había que dejarle algo de tiempo libre para que leyera y se informara y darle, además, la posibilidad de adquirir con un descuento especial los libros que le interesaran (con la correspondiente pérdida en el margen de ganancias). El segundo: si el empleado se transformaba en librero (alguien con criterio, voz y gusto propio) ponía en peligro el lugar de protagonismo del dueño. Eran las librerías bogotanas pequeñas de esa época, por lo general, propiedad de señoras que tenían

el tiempo y los medios económicos para darse ese gusto e ingresar en el mundo cultural. Ya todos sabemos lo que este es: en todas partes se cuecen habas, no hay que pedirle peras al olmo y los pájaros le tiran a las escopetas. Este era, a grandes rasgos, el mundo de las librerías en el cual empecé a trabajar y en el cual me formé. Siempre mantuve, eso sí, un sueño, una utopía (llamémoslo mejor así): tener una librería propia. Construir un espacio mío que se transformara en un espacio nuestro.

Debo detenerme un momento. Me estoy adelantando. ¿Qué tiene que ver el libro de Engels con todo lo que estoy diciendo? Mucho. El trabajo ha creado al propio hombre. La necesidad crea el órgano, la herramienta. El trabajo en una librería crea al librero que así lo quiera y necesite. Lo transforma. Lo convierte en otro en relación a los demás. Pasa de vendedor a librero.

Volviendo a donde íbamos en esta especie de «recuento» del mercado de las pequeñas librerías de Bogotá en los últimos veinte años. Creo que el clímax fue en el año 1993. Hay un hecho que no es una coincidencia sino un momento de inflexión, el punto de giro como dicen en el cine: la muerte de Pablo Escobar y el desmantelamiento del Cartel de Medellín. ¿Quiero decir entonces que los capos eran los que compraban los libros? No. Quiero decir que fue una época en la que el dinero de la droga corrió a raudales e invadió e impregnó toda la economía del país: había demasiado dinero. Y se vendían muchísimos libros. A partir de ese momento, no automáticamente por supuesto, las pequeñas librerías comenzaron a languidecer, a morir lentamente. El dinero cambió de rumbo. El mercado del libro se resintió. Hasta cuando llegó el fatídico año noventa y cinco y fue desmantelado el Cartel de Cali (a pesar de haber financiado la campaña electoral del presidente de la república) y la economía del país se vino al piso. Fue la debacle. Es obvio que hay cosas más importantes en la historia de un país que el comprar o dejar de vender libros. De lo que se trata en este caso es de contarles (y contarme al mismo tiempo) cómo el mercado del libro cambió en mi país (como cambió absolutamente todo también en esos años).

Los libros pesan demasiado (literalmente), son una carga terrible, un equipaje muy difícil de transportar. Y, al mismo tiempo, son un objeto de lujo, un bien suntuario del cual es precioso des-